

Espuma

Lo sentí, pero era diferente. No supe cómo reaccionar. De hecho, no pude ni siquiera reaccionar, nunca tuve esa oportunidad tan humana. Al fin y al cabo, me considero afortunado por mi polivalencia, pero a menudo caigo en manos de quienes no se merecen mis capacidades.

En realidad, tampoco lo sentí, nunca fui capaz. Aun así, se notaba su presencia en el aire, en el olor a salitre y el ambiente característico de la ciudad de Málaga, un día cualquiera. Calle María Zambrano, 19:27 de la tarde. Un viandante descubre una bolsa de basura industrial con forma humanoide, tras escuchar ruidos provenientes de un contenedor. Llama al número de emergencias. Acuden las autoridades, demasiados vehículos para la ínfima esperanza de vida que le quedaba a Margarita, mujer con alrededor de cuarenta años de edad, autóctona del municipio. No pudieron hacer nada. Solo permanecían intactas las pruebas del homicidio, dispuestas para ofrecer otro rompecabezas más. Y yo era una de las piezas, una bien grande cabe añadir, como si de un cartel luminoso se tratara. Una de mis partes, al haber sido manipulada previamente, fue clave para la investigación.

El pánico, en situaciones críticas, posee un megáfono para comandar sobre la razón y la experiencia, provocando comportamientos desesperados. Yo nunca lo entenderé, nunca podré. ¿Fui yo culpable? La respuesta lógica es “no”, pero en mi hoja pervivirá la hemorragia de la víctima, y en mi mango vivieron las huellas del cruel asesino que, por despecho o pasión, acabó con una vida inocente.

Olas y espuma, los dos elementos de un ciclo continuo, tan relajante como vigoroso. Yo fui espuma. No por elección, sino por obligación, al ser inerte y dependiente, particularidad inherente de todo objeto. En cambio, la culpa no se adhiere. O eso espero.